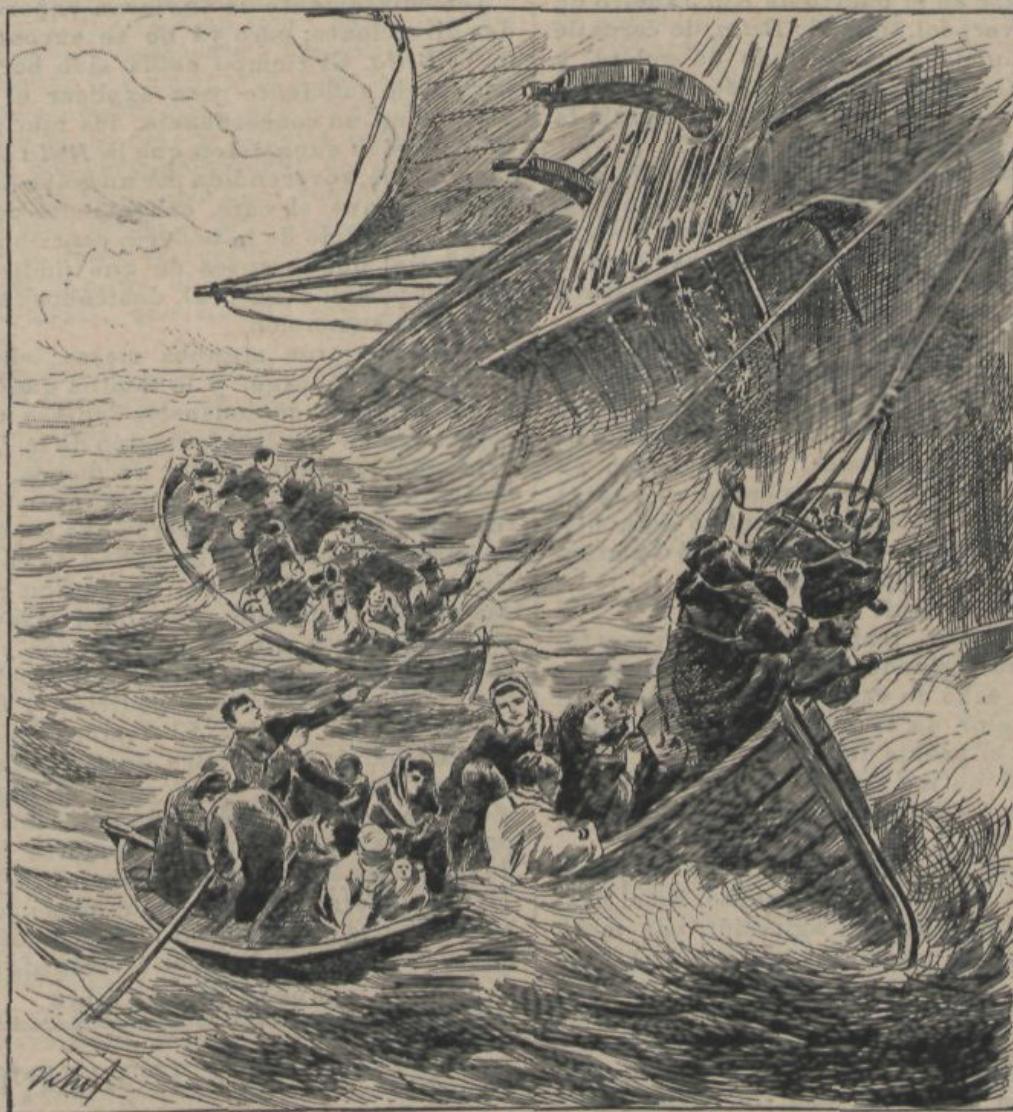


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ••• BARCELONA, junio de 1895 ••• NÚMERO 38

— Con el presente número se entregará el cuaderno 38 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EL «LADY HOBART»

Habiendo conseguido felizmente botar el cíuter y la chalupa al mar, embarcóse primeramente á las señoras...

SUMARIO

Un reclamante célebre (*conclusión*).—El *Lady Hobart*.—Un viaje funesto.—La Ley de Lynch (*continuación*).—Pensamientos.

UN RECLAMANTE CÉLEBRE

(*Conclusión*)

Al cabo de poco tiempo Rogerio volvió á Valparaíso, y con su nuevo sirviente, llamado Julio Bessant, marchó otra vez á Santiago. Después contrató varios muleteros y mozos, y púsose en marcha hacia las Cordilleras, para dirigirse después á Buenos Aires á través de las Pampas, lo cual no dejaba de ser un viaje bastante largo. Desde Buenos Aires marchó á Montevideo, y desde aquí á Río Janeiro. Poco después llegó á Kingston, en la Jamaica, habiendo avisado antes para que le remitiesen á este punto sus cartas, y desde Kingston proyectaba ir á Méjico.

Ahora bien: precisamente entonces (abril de 1854) hallábase en el puerto de Río Janeiro un buque de Liverpool, llamado *Bella*, de cerca de quinientas toneladas, aparejado de goleta, y casi nuevo. Ocupábase en completar su cargamento (café y campeche) y debía hacerse á la vela en seguida para Kingston.

Poco antes de salir acercóse un pequeño bote y saltó á bordo un joven de tez bronceada, quien se presentó al capitán diciéndole que era Mr. Tichborne. Tenía aspecto de marino á la vez que de viajero, y manifestó que deseaba pasar á Kingston.

Como se le reclamase el pago, contestó que en aquel momento se hallaba en un apuro; que había viajado por todas partes sin mirar lo que gastaba, que ahora se encontraba sin fondos. Añadió que, seguramente, le esperaban en Kingston cartas de crédito, pero que no sabía cómo llegar allí. El capitán escuchó esta historia con recelo; pero de pronto fijó su atención en las cajas del pasajero.

—¿Qué lleva V. ahí?

—Pinturas, telas, trabajos escultóricos y toda clase de curiosidades,—contestó el joven.

El capitán echó de ver, desde luego, que allí había más valor de lo suficiente para pagar veinte veces el pasaje del joven.

—¿Por qué no me enseñó V. eso desde luego?—preguntó.—Supongo que tendrá corriente el pasaporte.

Aquí surgió otra dificultad, pues el joven Tichborne no tenía este documento. En el Brasil había entonces mucha agitación con motivo de la fuga de los esclavos; numerosos negros habían huído, ofreciéndose como marineros en los buques, ó presentándose como pasajeros, y, en su consecuencia, habíase dictado una orden para que ningún capitán pudiera hacerse á la vela con un extranjero á bordo sin obtener antes licencia. El capitán reflexionó un minuto, y ocurrióle que todo podría arreglarse.

En efecto: al girar la visita de inspección,

los oficiales del Gobierno no encontraron ningún extranjero á bordo. Invitósele á tomar un refresco sobre cubierta en compañía del capitán, y, al fin, llegó la hora de que volvieran á su bote, despidiéronse y salieron del buque.

Apenas se hubieron embarcado, varios marineros levantaron la mesa. Debajo de ella había una trampa que conducía al lazareto, y de éste salió Rogerio Tichborne, riéndose por aquella jugueta.

Antes de mediodía, la *Bella* había dejado atrás el puerto de Río Janeiro, y, ya en alta mar, navegaba rápidamente hacia Kingston. Esto sucedía el 20 de abril de 1854.

Ya no se volvió á saber nada del buque.

Seis días después, un bergantín que cruzaba por aquel mismo punto encontró un montón de paja que cubría un barril, un cajón lleno de ropa y algunos otros restos de naufragio flotando en el mar: entre ellos vióse también un bote largo invertido, y en cuya popa estaban pintadas las palabras *BELLA LIVERPOOL*. El bergantín llevó á Río Janeiro los restos hallados.

Inmediatamente se enviaron vapores en todas direcciones; pero ya no se encontró nada de la *Bella*. El tiempo había sido borrascoso, pero no lo suficiente para explicar el naufragio, y, en su consecuencia, los marineros de Río Janeiro supusieron que la *Bella* se habría ido á pique, sorprendida por un golpe de viento, alegando que el café, cargamento peligroso, se habría salido de la bodega, contribuyendo á tumbar el buque antes de que pudiera recobrar su posición natural, debiéndose á esto su completa sumersión.

Transcurrieron algunos meses; envióse la noticia á Tichborne, y la familia quedó sumida en el mayor desconsuelo. Teníase una vaga esperanza de que la tripulación de la *Bella* habría sido recogida, ó, por lo menos, algunos individuos de ella; pero muy pronto se perdió también. Las cartas y letras que esperaban á Rogerio Tichborne en la oficina de correos de Kingston, en la Jamaica, no fueron reclamadas nunca. La pensión anual del joven era de cinco mil duros, que se pagaban con regularidad en el Banco de los Sres. Glyn y Compañía; pero nadie se presentó á pedirlos, y no se habló ya más del asunto. El nombre de la *Bella* se inscribió en el *Registro de Pérdidas* en las oficinas del Lloyd, y se pagó el seguro; de modo que el buque se olvidó del todo, excepto por algunas personas, que también hubieron de renunciar á la esperanza. Sin embargo, lady Tichborne era una excepción, pues nada bastó para hacerle creer que su hijo se hubiese ahogado, y confiaba en volver á verle algún día.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

EL «LADY HOBART»

El buque *Lady Hobart*, al mando del capitán William Fellowes, se hizo á la vela en Halifax el 23 de junio de 1803, con rumbo á Inglaterra, y el 24 gobernó hacia el N., á fin de

pasar sobre una parte del gran banco de Terranova para evitar el encuentro con los cruceros enemigos. El 26, á eso de las siete de la mañana, divisaron un gran bergantín con pabellón francés, cuya cubierta estaba llena de hombres; y, á juzgar por la línea que segnia, como para cerrar el paso al *Lady Hobart*, se dedujo que habría tenido conocimiento ya de la guerra, recién comenzada, y que había tomado, sin duda, al *Lady Hobart* por un barco mercante. En su consecuencia, despejóse la cubierta al punto, y á eso de las ocho, hallándose el bergantín á tiro, el *Lady Hobart* le disparó un cañonazo, lo cual bastó para que el bergantín arriase el pabellón. Habiéndose enviado algunos hombres á bordo para tomar posesión del buque, éste resultó ser la *Amable Julia*, de Puerto Libertad, de 80 toneladas, sólido y de reciente construcción. Venía de la isla de San Pedro con cargamento de sal y pescado, y su comandante era Carlos Rossé.

Después de hacer salir al capitán y á la tripulación, la presa fué entregada á los tenientes John Little, William Hughes, de la marina real, que, si bien iban como pasajeros, accedieron caballerosamente á prestar sus servicios, tomando dos marineros y dos tripulantes del buque apresado para ayudar en la maniobra. A eso de las diez de aquella misma mañana vieron dos bergantines más, contra los que se disparó un cañonazo; pero reconocióse después que eran ingleses, por lo cual los prisioneros de la *Julia* se repartieron entre ellos, excepto el capitán, el contramaestre y un sobrino de aquél, que solicitó con insistencia quedarse.

El *Lady Hobart* prosiguió su curso sufriendo un fuerte temporal, con mar muy gruesa y tiempo nebuloso. Lo que siguió fué un ejemplo de terribles padecimientos, á la vez que de resignación heroica y obediencia á la disciplina; pero dejaremos la palabra al comandante, porque no podríamos expresarlo nosotros mejor.

«Martes, 28 de junio.—A eso de la una de la madrugada, el buque, que avanzaba á razón de siete millas por hora, chocó contra un islote de hielo con tal violencia, que varios tripulantes fueron arrojados fuera de sus hamacas; mientras que, despertado en mi sueño por lo imprevisto del golpe, corrí al punto á cubierta. El buque chocó de nuevo y dió la vuelta, siendo arrastrado su timón antes de que pudiéramos poner á salvo. Al mismo tiempo observóse que la isla de hielo parecía estar suspendida sobre nosotros, formando un elevado pico, al menos de doble altura que la de nuestro palo mayor, por lo cual supusimos que la longitud de la isla debía ser de media milla poco menos.

»El mar se precipitaba sobre el hielo de una manera espantosa, subiendo el agua de tal modo que llenó la bodega á los pocos minutos. Hiciéronse desesperados esfuerzos para impedir que se hundiera; pero en menos de un cuarto de hora se sumergió hasta las cadenas.

»Nuestra situación era de las más peligrosas, y, reconociendo que la menor tardanza en botar las embarcaciones al mar sería nuestra

pérdida segura, consulté con dos oficiales de la armada que iban á bordo sobre la necesidad de no intentar ya nada para salvar el buque y la correspondencia. Convinieron conmigo en que no se debía perder un instante; y como el barco se hundía, lo primero que debía procurarse era salvar la tripulación.

»Y aquí debo hacer un elogio de la buena disciplina y ejemplar conducta de todos cuantos iban á bordo. Desde el primer momento de peligro no se pronunció una palabra que indicase el deseo de abandonar el buque naufrago. Mis órdenes se obedecieron prontamente, y, aunque el peligro de perecer aumentaba á cada momento, cada hombre esperó á su vez para pasar á los botes, con una frialdad y compostura dignas del mayor elogio.

»Habiendo conseguido felizmente botar el cíuter y la chalupa al mar, muy alto entonces, embarcóse primeramente á las señoras, una de las cuales se había espantado de tal modo que saltó hasta el fondo del bote con gran violencia. Este accidente hubiera podido tener fatales consecuencias para ella misma y para todos nosotros; mas, por fortuna, no sucedió nada. Se trasladaron algunas provisiones; y como la cubierta principal estaba ya bajo el agua, dispuse que todos los hombres pasaran á los botes.

»Las aguas subían hasta la altura, que dudé que nos fuera posible salvarnos en las otras embarcaciones, y seguramente no se hubiera conseguido sin el buen orden y pericia de la tripulación. Mientras que el cíuter comenzaba á navegar, vi que uno de los marineros vaciaba una gran botella de más de cinco cuartillos de cabida, que estaba llena de ron; y, preguntado por qué lo hacía, contestóme que iba á llenarla de agua de uno de nuestros barriles, y que era la única potable que teníamos. Esto fué después para nosotros un recurso precioso.

»Apenas habíamos abandonado todos el buque, cuando éste dió una cabezada y hundiése del todo. Yo había dispuesto que se izara el pabellón en la extremidad del mástil para indicar el naufragio.

»En medio de aquella imponente crisis del buque que se sumergía, cuando era natural suponer que el temor sería el sentimiento predominante, llamó la atención de todos la frialdad de un marinero inglés, que exclamó, dirigiéndose á sus compañeros:

»—¡Ved ahí, muchachos, como se hunde el orgullo de la antigua Inglaterra!

»Mientras deliberábamos sobre lo que se debería hacer, observóse que un considerable número de ballenas habían rodeado el buque sumergido, y esto nos inspiró bastante inquietud, porque la aproximación de aquellos cetáceos á los botes bastaba para echar uno de ellos á pique. Temerosos de algún incidente de este género, comenzamos á gritar para espantarlos; pero inútilmente, pues entonces nos persiguieron, manteniéndose cerca de los botes por espacio de media hora. Por fortuna, al cabo de este tiempo alejáronse sin habernos causado daño alguno.

»Las únicas provisiones que habíamos conseguido salvar reducíanse á unas cincuenta libras de galleta, algunos cuartillos de agua, parte de un barril de cerveza, un frasco grande de ron y varias botellas de vino. Llevábamos, además, dos brújulas, el cuadrante, un anteojos y otros varios efectos.

»Miércoles, 29.—En este día hemos tenido vientos variables del E. y del S., y se ha pasado la noche sin dormir. Al examinar las provisiones, vemos que el agua del mar ha mojado en parte el saco de la galleta, por lo cual es necesario disminuir la ración, con asentimiento de todos.

»Se ha producido una densa niebla, seguida de copiosa lluvia, que no pudimos recoger. Nuestra situación es ahora más misera, porque estamos empapados en agua. Por la tarde se sirve á cada persona una ración de galleta y un vaso de ron.

»Jueves, 30.—Al amanecer experimentábamos el más desagradable frío á causa de la humedad, y mandé repartir galleta y medio vaso de ron. Las señoras habían rehusado hasta entonces semejante bebida; pero esta vez aceptaron, y esto les proporcionó mucho alivio.

»Viernes, 1.^º de julio.—Durante la mayor parte de las últimas veinticuatro horas ha soplando viento duro del SO., con mar borrascoso y densa niebla. Todos estamos muy abatidos por la falta de alimento, el frío y la humedad. El reducido espacio en que nos hallamos no nos permite estirar los miembros, y muchos hombres tienen los pies muy hinchados.

»En el transcurso de este día hubo repetidas exclamaciones de personas que aseguraban haber visto una vela, aunque yo sabía que era imposible que la distinguiesen entre la bruma; pero como varios marineros lo aseguraron á su vez, mandé poner el bote contra el viento para convencerles de su error. Bajo estas circunstancias, las mujeres, con un heroísmo digno de elogio, nos dieron el ejemplo de paciencia y resignación.

»Sábado, 2.—Ha llovido mucho durante la noche, y el frío ha llegado á ser tan intenso, que los que se hallan en el bote no se pueden mover.

»A eso de las once y media se divisó una vela al E., y la esperanza de salvarse reanimó á todos. Seguimos la dirección del viento lo mejor posible, y en menos de un cuarto de hora divisamos el botequín, y entonces nos dirigimos hacia el NO.

»Nuestras esperanzas de salvarnos, que tanto habían reanimado á todos, comenzaron á perderse, siguiéndose tal abatimiento que no bastó nada para consolar á varios de los nuestros.

»Dispuse que se le diera al capitán francés y á otras varias personas, por vez primera, un vaso de agua, aconsejando á los tripulantes que no bebieran la del mar; pero algunos habían apurado ya grandes cantidades y sobrecojíoles el delirio, con fuertes calambres y dolores en las entrañas. De esto me aproveché

para indicar á los demás el grave peligro de semejante indiscreción. A las ocho de la noche, ayudados por una fuerte brisa y con todas las velas desplegadas, avanzábamos rápidamente. El capitán francés, que hacía algunos días se mostraba muy malhumorado, sin querer escuchar palabras de consuelo, se arrojó al mar en un acceso de su delirio y hundiése al punto. Uno de los otros prisioneros que iban en el botequín se insolentó de tal manera que se juzgó necesario sujetarle en el fondo del bote.

»Como había muchas razones para deducir que estábamos próximos á la tierra, dije á los que aún podían moverse que debían hacer el último esfuerzo para salvar sus vidas, remando con toda la actividad posible para aprovecharnos de la brisa. Habíamos estado seis días con sus noches siempre húmedos y fríos, sin más alimento que un poco de galleta y un poco de ron cada veinticuatro horas. Los hombres que antes se habían mostrado indiferentes á todo armáronse de resolución, y todos los que pudieron salir del fondo de los botes empuñaban los remos.

»Lunes, 4.—Al amanecer, la niebla era tan densa, que no podíamos ver nada á corta distancia del bote.

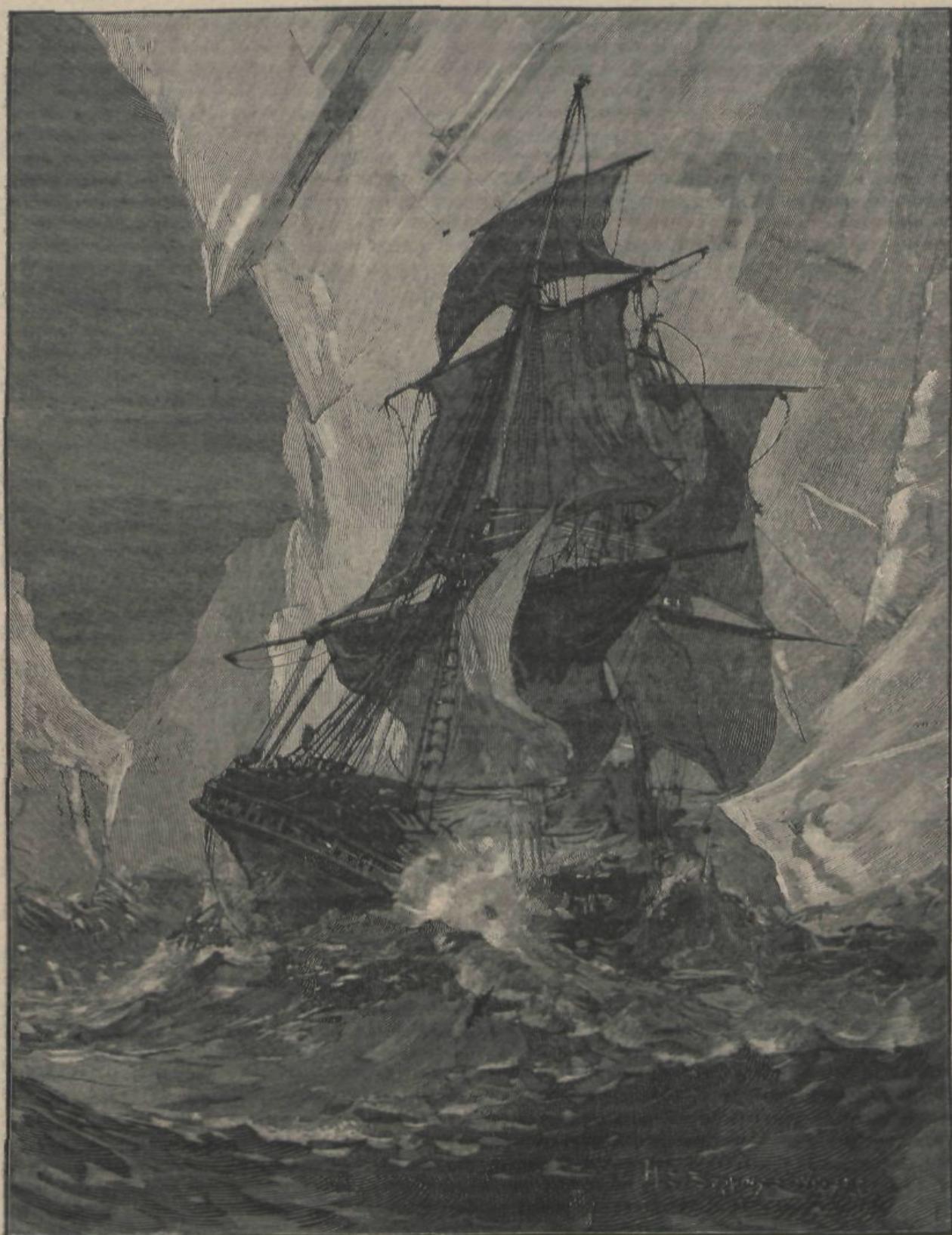
»Poco después, cuando brilló la luz del día, desvaneciése la niebla, y á una milla de distancia divisamos tierra en la bahía de la Concepción, causándonos no poca alegría ver allí una goleta y nuestro botequín.

»Ante este espectáculo, algunos comenzaron á llorar, mirándose unos á otros con expresión estúpida, como si dudasen de la realidad de lo que estaban viendo. Varios hombres se hallaban tan aletargados, que nada bastó para consolarles ni reanimarlos.

»Cuando estuvimos cerca del bergantín, lo bastante para ponernos al habla, se dió á conocer nuestra situación, y muy pronto nos recogieron á bordo; pero como el viento soplaban con gran fuerza de la costa, no llegamos á la isla de Cove hasta muy tarde. Todas las mujeres y niños del pueblo, con dos ó tres pescadores, acudieron á la playa, y se nos dió hospitalidad aquella noche. En aquel pueblecillo no había médico, ni tampoco los viveres que necesitábamos, y, por lo tanto, no perdí tiempo en dirigirme á San Juan, á donde llegamos el 8 de julio, embarcándonos aquí con rumbo á Inglaterra.»

UN VIAJE FUNESTO

Habíamos estado cerca de cinco semanas en el mar, cuando el capitán reconoció por sus observaciones que nos hallábamos á 130 millas del N. de Jamaica. Los vientos favorables y mares tranquilos habían contribuido hasta entonces á que el aislamiento y monotonía de un largo viaje por mar fueran menos desagradables de lo que suelen ser generalmente. Los pasajeros de la cámara eran el Mayor L. y su señora, recién casados; la hermana de esta última; Mr. D., joven irlandés, y yo. Nuestro



EL «LADY HOBART»: El buque chocó de nuevo...

capitán era hombre de muy buen carácter, de ideas liberales, y complacíase en tomar parte en nuestros pasatiempos, facilitándolos en cuanto le era posible. Aunque tenía más conocimientos de los que suelen poseer en general los marinos, adolecía de ciertas debilidades, y

no le faltaban preocupaciones. Las señoras, muy aficionadas á historia natural, deseaban obtener muestras de todas las especies más curiosas de aves marinas, y varias veces habían instado al capitán para que cazase una de las que más habían llamado su atención; pero

aquélf rehusó siempre hacerlo, sin dar ninguna razón satisfactoria que justificase su negativa. Al fin, Mr. D. mató dos de las aves que las señoras querían, después de haber errado el tiro en diversas ocasiones, aunque apuntó á bandadas enteras.

El capitán quedó muy asombrado al ver caer las aves en las olas.

—¿Tendrá V. la bondad de permitirme que vaya con el bote á recoger la caza? —preguntó Mr. D.

—Sí, —contestó el otro, —con tal que se vaya V. y no vuelva á bordo. Esto es asunto serio, y crea V. que no hemos visto el fin.

Dicho esto, se alejó, sin ofrecerse á dar órdenes para que bajaran el bote; y los marineros que presenciaban la escena miraban con la expresión de hombres que no hubieran obedecido aunque se les hubiese mandado.

Cierta mañana, siendo el tiempo delicioso y cuando esperábamos á cada momento divisar la tierra, algunos delfines aparecieron cerca de la popa; y como el mar estaba sereno, el capitán propuso que pescáramos para él y su gente, á cuyo efecto los tripulantes prepararon muchos anzuelos con su correspondiente cebo. Cogimos muchos delfines y otra especie de pescado, y entregóse todo al cocinero, dándole orden de preparar una parte para la comida y distribuir lo demás entre la tripulación.

Llegada la hora de comer, todos nos reunimos en la cámara muy alegres, y cada cual ocupó su asiento á la mesa. Como era día de San Jorge, el vino circuló rápidamente, y cada vaso nos reanimaba más; pero de pronto entró el contramaestre y dijo que el timonero había caído sobre cubierta sin sentido, y que un tripulante estaba tan malo que apenas podía hablar.

Al oír esto, el capitán palideció mucho y no contestó; pero, levantándose después de la silla, corrió al portalón. Nuestra alegría cesó de pronto, y al poco tiempo enviamos al criado á cubierta para que viese lo que ocurría. Algunos momentos después volvió para decírnos que los dos marineros estaban peor, y que otro había sido atacado de igual manera. Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la señorita L. dió un grito, diciendo que su hermana perdía el conocimiento. Esto aumentó nuestra confusión y alarma, y el Mayor y Mr. D. temblaban de tal modo, que apenas pudieron conducir á la señorita á su habitación.

Todas las conversaciones habían cesado ya, y nadie pronunció una palabra hasta que se vió á la señorita L. volver del cuarto de su hermana.

Mientras preguntábamos cómo seguía ésta, el capitán entró en la cámara, poseído, al parecer, de la mayor agitación.

—¡Esto es terrible! —exclamó. —Pero, de todos modos, mi deber es deciros que temo que todos estemos envenenados por el pescado que se ha comido. Uno de los tripulantes ha muerto hace cinco minutos, y otros cinco están peligrosamente enfermos.

—¡Dios mío! —exclamó la señorita L., cayendo de rodillas. —¿Hemos de morir todos?

—¿Qué se puede hacer? —pregunto el Mayor con ansiedad. —¿No hay medio alguno para combatir los efectos del veneno?

—Ninguno, que yo sepa, —contestó el capitán. —Todos los medicamentos son inútiles. El veneno es fatal siempre, excepto el caso... Pero ya comienzo yo á sentirme aquejado también... Sostenedme, pues la cabeza se me va...

Al decir esto, se inclinó á un lado, y hubiera caído á no haberle sostenido yo. La Sra. L., á pesar de su aparente insensibilidad, se cogió al brazo del capitán, gritando:

—Pero ¿no habrá quien nos salve?

Al decir esto, perdió el sentido, apoyando su cabeza en el pecho del capitán, que me miraba con los labios temblorosos.

—Es V. feliz, —me dijo, —pues nada emponzoña sus últimos instantes. ¡Qué triste es haberse salvado de tantos peligros para morir de esta manera tan miserable!

La Sra. L. recobró el sentido y traté de calmar su agitación, observando que tal vez escaparíamos de la fatal influencia del veneno, pues algunas constituciones no se afectan tan fácilmente como otras.

—¿Habrá, pues, alguna esperanza? —preguntó con ansiedad.

—Hay una cosa, —dijo el capitán débilmente, —y ya iba á decírosla... pero esta sensación... Sí: hay un remedio...

—¡Hable V.! —exclamó el Mayor, sin aliento.

—Esto podría salvaros, —continuó el capitán. —Es preciso que inmediatamente...

No pudo concluir. Inclinó la cabeza sobre el pecho y no le fué posible pronunciar otra palabra.

—¡Oh! —exclamó la Sra. L. con expresión de angustia.

—Es preciso resignarse ahora, —replicó su esposo. —Muramos todos juntos.

La tripulación había comido hora y media antes que nosotros, y por eso sintió más pronto los efectos del veneno. El hecho es que todos presentaban entonces síntomas alarmantes. Mr. D. estaba delirante; el Mayor, echado en el suelo de la cámara, parecía aletargado, y el capitán había querido olvidarlo todo, apurando una considerable cantidad de aguardiente. La Sra. L. vigilaba atentamente á su esposo y á su hermana, poseída de la mayor desesperación.

A mí me había afectado el veneno comparativamente muy poco, y, por lo tanto, me consagré á cuidar de los otros, hasta que vi que nada podía aliviarles. Entonces me senté, reflexionando tristemente sobre las consecuencias que resultarían de la muerte de todos los pasajeros y tripulantes.

De repente, oí la voz de un tripulante que gritaba:

—¡Todos están atacados aquí!

—Y ¿qué nos importa eso á nosotros? —contestó el contramaestre. —Pon el buque contra el viento y déjale ir donde quiera.

Por el rumor del agua comprendí que la velocidad de la marcha aumentaba mucho, y precipitéme á cubierta para ver qué ocurría.

El contramaestre estaba tendido sobre unas tablas, y, al dirigirle la palabra, no me contestó. El hombre que estaba en el timón ocupábase en atar una cuerda al rededor de la caña y díjome que estaba casi ciego, que no podía gobernar ni ver la brújula y que deseaba poner el timón de tal manera que el buque

á esperarla en la cámara. Pronto descubrí un buque á corta distancia, y, corriendo instintivamente al timón, aflojé la cuerda que sujetaba la caña, la cual retrocedió, derribándome en el suelo. Entonces oyó un horrible crujido y exclamaciones, y pude ver que nos habíamos enredado con otro buque; pero, gracias á la velocidad del nuestro, aquello fué instantáneo; y, al volver la cabeza, vi un buque sin bauprés, cabeceando entre las olas, y oí un gran



EL «LADY HOBART»: Se arrojó al mar... y hundiése...

se pudiera poner al viento cuanto fuese posible. Al dirigirme á las jarcias, vi á los tripulantes echados en todas direcciones é inmóviles, y me convencí de que yo era el único que conservaba todas sus facultades.

La brisa era ya muy fresca y navegábamos á razón de diez millas por hora. Después llegó la noche, sombría y borrascosa. Oscuros nubarrones comenzaron á encapotar el cielo. El mar comenzó á subir á gran altura, y los mástiles crujieron á cada instante, como para indicar que llevaban más velamen del que podían sostener.

Yo estaba poseído de la mayor inquietud, temiendo que chocáramos contra las rocas ó la orilla, y á menudo imaginábame que los nubarrones que oscurecían el horizonte eran ribazos de alguna costa desolada. Al fin, distinguí una luz á cierta distancia, y, temiendo una muerte inmediata, no sabía si permanecer sobre cubierta y hacer frente al peligro, ó bajar

tumulto de voces. Poco después ya no distingui nada. Mi situación era doblemente horrible en aquel momento al reflexionar que había estado junto á seres humanos que hubieran podido prestarme socorro, así como á todos mis compañeros.

A eso de media noche, el mastelero de popa cayó con horrendo estrépito, y el buque comenzó á dar vueltas inmediatamente, mientras que varias olas inundaron la cubierta.

Yo había resuelto bajar al portalón para refugiarme, cuando vi una figura blanca pasar por delante de mí y arrojarse al mar, profiriendo un grito; pero la oscuridad me impidió ver quién se había arrojado así al abismo en un momento de locura. Como el agua seguía penetrando en el buque, bajé á la cámara, después de haber cerrado bien las puertas del portalón. La oscuridad era completa. Llamé por su nombre al capitán y á todos los pasajeros; pero nadie me contestó, aunque á veces

parecíame oír gemidos cuando el tumulto de las aguas disminuía un poco. En aquel momento parecíame estar encerrado en un ataúd con varios cadáveres. Las olas se estrellaban contra el buque, produciendo un ruido espantoso, y el peligro era inminente. Dirigíme á mí lecho, y, á pesar de los horrores que me rodeaban, poco á poco me dormí.

Al despertar observé que el sol brillaba y que debía ser muy tarde. El buque continuaba

encontrar á Mr. D. en ninguna parte, y, en su consecuencia, deduje que él era la persona que se había arrojado al mar la noche anterior.

Al subir á cubierta, vi que todo había cambiado de aspecto. El cielo estaba azulado y sin nubes; la brisa era muy ligera, y el mar presentaba una superficie tranquila como la de un lago.

Cuatro marineros habían muerto; pero el contramaestre y los otros tres, más aliviados,



UN VIAJE FUNESTO: Uno de los marineros gritó: —¡Una vela!

su violenta marcha, pero el rumor del viento y de las olas había cesado ya. Me levanté apresuradamente, sin atreverme apenas á mirar á mi alrededor, por temor de ver confirmadas mis tristes suposiciones respecto á mis compañeros.

Lo primero que me llamó la atención fué el capitán, tendido en el suelo, de lado y completamente muerto. Enfrente hallábase el Mayor L., en el suelo también, cogido á la puerta del cuarto de su mujer. Sin duda, en un momento de agonía quiso despedirse de ella para siempre; pero no pudo avanzar un paso más. Parecía estar moribundo, y la Sra. L., sentada á su lado, asemejábese á la imagen del terror. Quiso hablar varias veces, y, al fin, consiguió decirme que su hermana estaba mejor. No pude

podían pasearse ya por la cubierta. El buque se hallaba casi inutilizado, habiendo sufrido grandes averías las velas y el palo mayor. El contramaestre me dijo que, á su modo de ver, estábamos. á juzgar por la sonda, cerca de las orillas de Bahama; mas no le era posible decir si había probabilidad de que encontrásemos pronto un buque.

(Se concluirá)

>>>> PENSAMIENTOS <<<<

—La imprudencia hace siempre que salte la cuerda.

Y luego es impotente para remediar el daño.

—El pundonor es puntual siempre.